

MUSA DÉCIMA*

Juan Ramírez Marín*

*Director de Estudios e Investigaciones Jurídicas del CEDIP. Doctor en Derecho. Miembro del SNI, nivel 1.

Índice

Preludio	147
Prodigiosa niña	150
Flor de juventud	152
En la corte virreinal	154
Monja, pero poetisa	157
Libre en su celda	159
Pérdida irreparable	162
Prosa sobre una poetisa	164
Poesía libertaria	172
Décima musa	178
Víctima prisionera	185
Yo, la peor de todas	190
Musa celestial	192
Bibliografía	194

Musa décima ¹

Preludio

El 12 de noviembre de 1651, según el jesuita Diego Calleja, uno de sus biógrafos, nació Sor Juana Inés de la Cruz, pero Octavio Paz afirma que seguramente se equivoca y que la fecha correcta parece ser el 2 de diciembre de 1648. Es decir, uno estos días celebramos el aniversario de su natalicio.

Lo cierto es que hasta la fecha **no** ha podido encontrarse un acta de

¹Las Musas son ninfas relacionadas con ríos y fuentes. Engendradas por Zeus y Mnemósine, según Hesíodo, o por Urano y Gea, según el poeta Alcmán, son capaces de inspirar toda clase de poesía, así como narrar a un tiempo el presente, el pasado y el futuro, dadas sus virtudes proféticas. El número de estas deidades también admite variantes (tres, siete), pero fue Hesíodo el primero que, en su *Teogonía*, citó nueve, dándoles nombres que, en griego, tienen un significado concreto. En la época helenística (a partir del siglo IV a. C), se le asignó a cada una un dominio (función) propio en la literatura. Cantoras divinas, deleitan a Zeus y a los demás dioses en el Olimpo, bajo la dirección de Apolo. A veces descienden a la Tierra, actuando de mediadoras entre la divinidad y los seres humanos, gracias a la inspiración que transmiten a los poetas, proporcionándoles el conocimiento de lo Eterno. Se les rindió culto en Pieria (Tracia), cerca del monte Olimpo (por eso en ocasiones reciben el nombre de Piérides) y en Beocia, en las laderas del monte Helicón, donde cuenta Hesíodo que se le aparecieron y, dándole una vara de laurel a modo de cetro, le encomendaron componer la *Teogonía*. Invocadas por los poetas al comenzar sus obras, para que les proporcionen las palabras adecuadas y les muestren los hechos verdaderos.

Calíope: La primera en dignidad, ocupa un lugar de honor en el cortejo. Según Hesíodo, asiste a los reyes. Enseñó canto a Aquiles y es protectora de la poesía épica.

Clío: Se le atribuye la Historia; en las representaciones clásicas aparece con un rollo de escritura en las manos.

Érato: Musa de la lírica coral, especialmente de la poesía amorosa; aparece con una lira, y en ocasiones con el dios Amor a sus pies.

Euterpe: Relacionada con el arte de tocar la flauta.

Melpómene: Musa de la tragedia, aparece representada con la máscara trágica y la maza.

Polímnia: Se le atribuye el arte de la pantomima (mímica). Era frecuente representarla en actitud de meditación, apoyando los codos en un pedestal o roca, con un dedo sobre la boca.

Talía: Protectora de la comedia. Una joven risueña coronada de hiedra, con la máscara cómica y un cayado de pastor.

Terpsícore: Se le asignaban la poesía ligera y principalmente, la danza; representada con una lira, como acompañando con su música a los coros de danzantes.

Urania: Musa de la astronomía.

Sor Juana **no** fue la primera poetisa que recibió el título de “décima musa” porque ya los griegos –a decir de Platón– habían coronado la frente de Safo de Lesbos con el lauro “Musa Décima” (“la mujer más famosa de Grecia, más que Helena, más que Aspasia”). Esta alabanza indica la magna y divulgada fama de que gozaba en su tiempo la monja de San Jerónimo.

bautismo con su nombre y el de sus padres. La razón es descaradamente discriminatoria: en aquella época no se inscribían en las actas los nombres de los padres de los *hijos naturales*.

Hay una fe de bautismo en la parroquia de Chimalhuacán, a cuya jurisdicción pertenecía Nepantla, en la que se asienta que ese 2 de diciembre fue bautizada una niña: Inés, *hija de la Iglesia*; fueron sus padrinos Miguel y Beatriz Ramírez, hermanos de su madre.²

Sí sabemos entonces que Juana Ramírez de Asbaje nació en la alquería de San Miguel Nepantla, en las faldas del Popocatépetl, como narra ella misma en un romance:

Donde los rayos solares
me mirasen de hito en hito,
no bizcos, como a otras partes.

A principios de ese siglo XVII, muchos españoles habían emigrado al Nuevo Mundo en busca de oportunidades y fortuna, entre ellos, Pedro Ramírez de Santillana y Beatriz Ramírez Rendón, quienes se asentaron en la ciudad de Huichapan, actualmente estado de Hidalgo. Años más tarde tuvieron una hija a la que llamaron Isabel.

Cuando Isabel creció, conoció a Pedro Manuel de Asbaje y Vargas Machuca, con quien procreó tres hijas ilegítimas: Josefa, María y Juana Inés.

De Pedro Manuel de Asbaje y Vargas Machuca, padre de la niña, poco se sabe, salvo que era un caballero vizcaíno y se infiere cuando menos, que desamoroso e irresponsable con su sobresaliente hija. Juana Inés apenas si menciona a ese padre ausente; desde muy niña dejaría de verlo, si es que siquiera llegó a conocerlo; tampoco tuvo tratos con su familia paterna y nunca habló de ella.

Aunque todo mundo aceptaba con naturalidad la existencia de los hijos naturales, también es cierto que sufrían por ello murmuraciones y chismorreos y un feroz epigrama demuestra que ella no fue inmune a esas habladurías:

El no ser de padre honrado,
fuera defecto, a mi ver,
si como recibí el ser
de él, se lo hubiera yo dado.

²Octavio Paz, *Las trampas de la fe*. FCE, 13ª reimpresión, México, 2003, pp. 96-97.

Más piadosa fue tu madre,
que hizo que a muchos sucedas:
para que, entre tantos, puedas
tomar el que más te cuadre.³

A fines del siglo XVII había en la ciudad de México unos veinte mil españoles y criollos y unos ochenta mil indios, mestizos y mulatos. La capital tenía veintinueve conventos de frailes y veintidós de monjas. La función de los conventos era triple:

La religiosa propiamente dicha; la mundana, consistente en proveer ocupación y destino a miles de hombres y mujeres, que de otra manera no habrían encontrado acomodo, y la social: beneficencia, caridad, enseñanza. La obra educativa religiosa fue inmensa; desde el siglo XVII la Compañía de Jesús fue la educadora de la sociedad criolla, y aún las monjas se distinguieron en la enseñanza de las primeras letras y la educación intermedia. Gracias a las religiosas hubo en México una cultura femenina (por más pobre que nos parezca); las monjas adiestraban a las niñas y a las jóvenes en la música, el teatro, el baile, la cocina, la costura y el bordado.

Los conventos sostenían hospitales, orfanatorios, asilos para ancianos y casas de recogimiento para desamparados. La población conventual reflejaba la complejidad de la sociedad novohispana: había conventos para españolas y para criollas; uno exclusivo para descendientes de los conquistadores y el de *Corpus Christi*, para indias nobles.

Además los conventos realizaban actividades económicas muy variadas: vendían los productos del trabajo de sus monjas y frailes; eran grandes propietarios de tierras; participaban en el mercado agrícola, alquilaban ranchos y haciendas; eran dueños de terrenos y fincas urbanas.

La población de los conventos femeninos estaba integrada por las monjas, su servidumbre (hasta cinco criadas y esclavas para cada monja), las “niñas” (jóvenes a las que sus familias internaban a veces de por vida) y las “donadas” (mujeres que sin profesar, decidían recogerse entre esos muros sagrados).

Las celdas eran individuales y a veces tan grandes como para albergar una familia entera; con baño, cocina, estancia y recámara. Aunque la regla exigía vida en común, “cada monja llevaba una vida separada”, en la que sólo compartían oraciones, disciplina y gobierno. Casi nunca se cumplía la orden de comer en común.

³Octavio Paz, ob. Cit., p. 99.

A pesar del voto de pobreza general, en algunas órdenes las monjas poseían alhajas, bienes y rentas. Elegían cada tres años, por voto secreto a sus autoridades y dignatarias (abadesas, vicarias, administradoras, ecónomas, tesoreras, bibliotecarias y archivistas). Había querellas, intrigas, pasiones, chismes y murmuraciones constantes.

El voto de clausura se respetaba a medias: las monjas no salían, pero recibían visitas. Abundaban las funciones religiosas y una vez terminadas, los asistentes visitaban a las monjas en los locutorios, donde se formaban verdaderas tertulias. Había también festejos no religiosos.⁴

El convento de Santa Paula de la Orden de San Jerónimo fue fundado en **1586**. Se inició como extensión de las concepcionistas, ya que su fundadora, Isabel de Guevara, provenía del real convento de la Inmaculada Concepción. El nuevo convento estuvo destinado a las criollas.

El edificio, como puede verse hasta hoy, era grande, sólido, severo y sin mucha distinción arquitectónica, pero era de los más extensos de la ciudad (15 mil varas cuadradas).

Las jerónimas seguían la regla conventual de San Agustín. Usaban hábitos parecidos a los de las concepcionistas y llevaban y una “vida particular”.⁵

Prodigiosa niña

De su niñez poco se sabe. Niña solitaria; niña que jugaba sola y se perdía en sí misma, y sobre todo: niña curiosa. Ese fue su signo y su sino. Esa curiosidad pronto se transformó en pasión intelectual.

En la Respuesta a Sor Filotea, ella misma refiere que a los tres años obtuvo, no sin engaños, ni ruegos, que la maestra de una de sus hermanas

⁴Octavio Paz, ob. Cit., pp. 165-172.

⁵Idem, p. 174. La túnica era blanca, con amplísimas mangas colgantes, terminadas en punta; toca blanca; velo y escapulario negros. Sobre el pecho un escudito de metal o pergamino, pintado con alguna escena religiosa. En la cintura ceñían la negra correa de la orden de San Agustín y un enorme rosario se desprendía del cuello, colgando hasta las rodillas. Las jerónimas jóvenes llevaban pulseras de azabache, anillos y los hábitos escarolados. Las actividades comenzaban a las seis de la mañana, con los rezos de la “prima”. A las ocho, desayuno: pan, leche, huevos, mantequilla. A las nueve, rezos de la “tercia”. Después trabajos en común en la sala de labor, que no se cumplían, pues las monjas hacían sus labores en sus celdas o en pequeños grupos. A las doce, rezos de la “sexta” y a continuación la comida, que contra la regla, se hacía en las celdas. Se comía carne, excepto miércoles. A las tres, la “nona” y terminados los rezos, la siesta. Al caer la tarde, colación de frutas o conservas. A las siete, en el coro, las “vísperas” y en seguida, la cena, la recreación, rezos de “las completas” y a la cama. Los “maitines” y “laudes” interrumpían el sueño. Los viernes ayuno y confesión.

mayores le diese lecciones. También nos cuenta que no comía queso, porque le habían dicho que “entontecía”; a los seis o siete años ya sabía leer y escribir. Fue entonces cuando se le ocurrió pedirle a su madre que la enviase a la universidad, vestida de hombre. Ante la previsible negativa se consoló estudiando en la biblioteca de su abuelo. Para aprender gramática se cortaba cinco o seis dedos del cabello y se los volvía a cortar, si no aprendía la lección en el tiempo que se fijaba, pues no le parecía que:

“.....estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias.”

Lamentablemente Sor Juana fue extremadamente reservada. Apenas habla de su familia y nada nos dice de lo que seguramente fue pieza clave de su formación psíquica: la naturaleza de su vínculo con el triángulo compuesto por su madre y sus dos amantes.⁶

Tres figuras se mezclaron, sin duda, en su imagen de la paternidad: su pare biológico, el sustituto y rival Diego Ruiz Lozano (primer amante de su madre) y la del abuelo, con quien vivió y a quien seguramente consideró su verdadero padre. Pero el abuelo murió en **1656**, cuando ella tenía sólo ocho años.⁷

Isabel Ramírez heredó de su padre la hacienda de Panoayán, a tres kilómetros de Amecameca, donde estaba la escuela en la que aprendió a leer su hija Inés; mujer analfabeta, hábil administradora, centro de la casa, reina y escándalo de la familia, fue seguramente un ejemplo contradictorio para sus hijas. Por eso quizá, dice Octavio Paz, en una de sus obras, alude a la pitonisa de Delfos en términos realmente extraordinarios:

Aunque virgen, preñada de conceptos divinos.⁸

El abuelo fue amante de los libros, un mundo de signos entonces reservado únicamente a los hombres, pero al que la solitaria niña pudo penetrar y que la hizo exclamar, en una frase resplandeciente:

“.....Sílabas las estrellas compongan.....”⁹

En Panoayán aprendió todo cuanto era conocido en su época: leyó a los

⁶Octavio Paz, ob. Cit., p. 109.

⁷Idem, p. 110.

⁸Octavio Paz, ob. Cit., p.115. Frase con que Sor Juana alude a la pitonisa en el *Epinicio al conde de Galve*. Dice Paz que “la imagen es un retrato de la misma Sor Juana, que a su vez se presenta como una sublimación de la figura materna.....Sor Juana es soltera y fecunda como su madre: una engendra criaturas mortales y la otra, criaturas mentales.”

⁹Idem, p. 121.

clásicos griegos y latinos y teología. También aprendió a hablar náhuatl, ya que le gustaba mucho platicar con los indígenas.

Sin duda Juana Inés dejó la hacienda de Panoayán poco después de la muerte de su abuelo. En **1669**, a los 21 años entró al convento de San Jerónimo, de modo que vivió cerca de 12 años sola, primero con unos parientes maternos (su tía María Ramírez y su esposo, el acaudalado Juan de Mata) y luego en la corte.

El año de **1656** fue crucial en el destino de Juana Inés: su salida a México coincidió con la muerte del abuelo, la aparición del nuevo amante de su madre, -Diego Ruiz Lozano,- y el nacimiento de su medio hermano. No es imposible además, que la estancia de la niña no fuese enteramente del agrado de Diego, o que incluso hubiera penuria económica en la casa materna.

En todo caso, sólo la muerte del abuelo y la presencia de un nuevo amante de su madre, pueden explicar que niña todavía, Juana Inés haya vivido lejos de su casa, “arrimada” con unos parientes ricos.

Flor de juventud

En la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz* hay una laguna: Juana Inés pasa bruscamente de su infancia a su ingreso en el convento de San Jerónimo. Se salta así diez años de su vida: los de su juventud y su ingreso en la corte virreinal.

Podemos imaginarnos que por más afectuosos que hubieran sido sus tíos, muchas veces debió sentirse sola. Así el estudio se convirtió otra vez, en un escudo. Por el padre Calleja sabemos que aprendió latín en veinte lecciones.

Finjamos que soy feliz,
triste pensamiento, un rato;
quizá podréis persuadirme,
aunque yo sé lo contrario,

que pues sólo en la aprehensión
dicen que estriban los daños,
si os imagináis dichoso
no seréis tan desdichado.

Sírvame el entendimiento
alguna vez de descanso,
y no siempre esté el ingenio
con el provecho encontrado.

Todo el mundo es opiniones
de pareceres tan varios,
que lo que el uno que es negro
el otro prueba que es blanco.

A unos sirve de atractivo
lo que otro concibe enfado;
y lo que éste por alivio,
aquél tiene por trabajo.

El que está triste, censura
al alegre de liviano;
y el que esta alegre se burla
de ver al triste penando.

Los dos filósofos griegos
bien esta verdad probaron:
pues lo que en el uno risa,
causaba en el otro llanto.

Sin embargo, Juana Inés no vivió aislada en casa de sus tíos, pues pronto se convirtió en un verdadero imán por sus múltiples dotes. Los retratos y la fama confirman lo que cuenta su biógrafo Calleja. Juana Inés no sólo era inteligente, estudiosa, sino discreta y linda. No sin coquetería, ella misma se pinta en la hermosa y culta *doña Leonor*, la heroína de su comedia *Los empeños de una casa*:

Decirte que nací hermosa
presumo que es excusado
pues lo atestiguan tus ojos
y lo prueban mis trabajos.

Leonor es bella, discreta y pobre, como Juana Inés. Pero *Leonor* vive con su padre, mientras Juana Inés no tiene a nadie. Sea porque sus parientes pensaron que en la corte encontraría acomodo, o porque no quisieron la responsabilidad de tener en casa un prodigio tan quebradizo: linda, virgen y desvalida, cuando Juana Inés cumplió 19 años, la llevaron al palacio virreinal y la presentaron con la recién llegada virreina Leonor Carreto, marquesa de Mancera.

La inteligencia, la gracia y también, quizá el desamparo de la muchacha

impresionaron inmediatamente a la marquesa. Al punto fue admitida en su servicio “donde entró -dice Calleja- con título de muy querida de la señora virreina”.¹⁰

En la corte virreinal

Antonio Sebastián de Toledo, marqués de Mancera era un político ambicioso y sagaz. Estuvo muy ligado a la reina Mariana de Austria y a ella debió en gran parte su larga y brillante carrera. Su mujer fue dama de la reina desde la llegada de Mariana a Madrid y su matrimonio con Felipe IV (1649).

Sin duda el origen alemán de Leonor Carreto el valió el cargo, pues su padre había sido embajador del emperador de Austria y había muerto en 1651 en Madrid.

El marqués aspiraba a ser consejero del Estado y el virreinato de Nueva España era un camino para lograrlo. Así, en **1664**, cumplidos los 53 años obtuvo el cargo; un año después murió el monarca y su viuda ocupó la regencia. Mancera gobernó Nueva España durante la privanza de Nithard y de su sucesor, Fernando de Valenzuela, *el Duende de Palacio*. Fue un administrador hábil; un virrey prudente; un astuto palaciego y un sagaz político.

Leonor era ingeniosa, vivaz, altanera, inteligente; rubia, hermosa y amante del fasto, como su marido. La pareja fue famosa por su prodigalidad y su afición por las letras.¹¹

La relación que unió a estas dos mujeres, teñida de mutua admiración, fue una de esas amistades espirituales, impregnada, al menos en sus expresiones escritas, por un exaltado platonismo, mezclado con homenajes de rendida cortesanía.

Hay quien sugiere algo más que amistad y admiración entre ambas, pero Paz lo niega y sostiene que esos sentimientos de amistad amorosa se legitimaban gracias a las convenciones filosóficas y literarias heredadas del neoplatonismo renacentista.¹²

De la beldad de Laura enamorados
los cielos, la robaron a su altura,
porque no era decente a su luz pura
ilustrar estos valles desdichados.

¹⁰Octavio Paz, ob. Cit, p. 128.

¹¹Idem, pp. 129-130.

¹²En los sonetos a Laura-ese es el nombre poético que dio Juana Inés a Leonor Carreto, en alusión a Petrarca y al platonismo de sus sentimientos, hay un tono de pasión a un tiempo rendida y contenida.

O porque los mortales, engañados
de su cuerpo en la hermosa arquitectura,
admirados de ver tanta hermosura
no se juzgasen bienaventurados.

Juana Inés vivió al lado de los virreyes entre los 16 y los 20 años, época entonces decisiva en las mujeres; adolescente, deslumbró con su inteligencia a los cuarenta teólogos, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas y humanistas más destacados de su tiempo, quienes a invitación del virrey, la sometieron a extenso interrogatorio que hizo al noble exclamar "*que no cabe en humano juicio creer lo que vio*".

El virrey había convocado a la flor y nata de la corte, de la teología y de la cultura para escuchar a la joven prodigio. Ella se desempeñó con tanta desenvoltura, elegancia, acierto y erudición en las diversas cuestiones que los asistentes le propusieron, que éstos no sabían responder si era "ciencia infusa, adquirida, de artificio o no natural", como ella misma manifiesta en la comedia *Los empeños de una casa*:

El virrey la nombró "niña prodigio de la corte".

A los diecisiete años dominaba --dice Kart Vossler-- "el difícil estilo culterano y está igualmente bien versada en todos los géneros y métricas de la literatura española".

La corte de los Mancera era brillante y en el palacio sobraban saraos, festejos y ceremonias. Calleja nos cuenta que la rodeaban las lisonjas; no alude a ningún amor, pero sería absurdo descartar los devaneos y algunos amoríos. En muchos poemas alude a esas fiestas y bailes:

Pues la dama más bella,
aunque cualquiera le salga,
le habrá de salir cual quiera.

Durante todos esos años, Juana Inés participó de los *galanteos de palacio*; ritos mundanos que vivió, antes de convertirlos en conceptos poéticos. Pero sus artes diplomáticas, su belleza, su vivacidad y su natural risueño, no explican totalmente el secreto de su popularidad. La inteligencia y el saber fueron las llaves que le abrieron las puertas de la sociedad virreinal. En *Los empeños de una casa* se pinta a sí misma y a su amor por el estudio, en el relato que hace *doña Leonor*:¹³

¹³Octavio Paz, ob. Cit., pp. 139-140.

Inclinéme a los estudios
desde mis primeros años
con tan ardientes desvelos,
con tan ansiosos cuidados,
que reduje a tiempo breve
fatigas de mucho espacio.
Conmuté el tiempo, industriosa,
A lo intenso del trabajo,
de modo que en breve tiempo
era el admirable blanco
de todas las atenciones,
de tal modo, que llegaron
a venerar como infuso
lo que fue adquirido lauro.

Sin embargo, también es cierto que los *galanteos de palacio* no garantizaban el matrimonio, que se arreglaba entre familias; enamorada o no Juana Inés no tenía dote y apenas familia. A través de *doña Leonor*, describe su situación en la corte:

Entre tantos aplausos yo,
con la atención zozobrando
entre tanta muchedumbre,
sin hallar seguro blanco,
no acertaba a amar a alguno,
viéndome amada de tantos.
Sin temor en los concursos
defendía mi recato
con peligros del peligro
y con el daño del daño.
Con una afable modestia
igualando el agasajo,
quitaba lo general,
lo sospechoso al agrado.

La confesión de Juana Inés no puede ser más franca. No podía aspirar al matrimonio y los galanteos serían amores clandestinos, pues además la mayoría de los galanes eran casados. Su juego queda reducido a “defender su recato”.

Es en ese momento, a los 19 años, justamente cuando su saber y su ingenio conquistan la admiración de doctos y cortesanos, adulada por linda y por discreta, entra como novicia al convento de San Juan de las Carmelitas Descalzas; pero la orden era tan severa que Juana Inés, asustada, regresa al mundo tres meses después.

Sus biógrafos católicos afirman que desistió por razones de salud, pero no hay un solo texto que pruebe esa suposición; la verdad es que **no** pudo o **no** quiso soportar la aspereza de la regla.¹⁴

Monja, pero poetisa

No obstante, después de meditarlo a fondo, un año y medio más tarde, profesó definitivamente en una orden conocida por la laxitud y la blandura de su disciplina. El 24 de febrero de 1669, cuando iba a cumplir 21 años, tomó los hábitos en el convento de San Jerónimo.

La mayoría de sus biógrafos católicos piensan que Juana Inés escogió la vida religiosa por auténtica vocación y es evidente que era creyente sincera; tampoco está en duda su ortodoxia. Pero añada Paz que olvidar que en esa época la vida religiosa era una ocupación como las otras, sería mucho olvidar. La vida religiosa en el siglo XVI era una profesión.

Nada en la vida previa de Juana Inés revela una particular predisposición religiosa. Durante los años en que fue dama de la virreina se distinguió por su talento y su belleza, no por su devoción. Tampoco mostró excesivo celo durante los 26 años que pasó en San Jerónimo. El padre Oviedo relata que constantemente su confesor, Nuñez de Miranda, le aconsejaba que dedicase menos tiempo “a la publicidad y continuadas correspondencias de palabras y por escrito con los de afuera...”

Los conventos estaban llenos de mujeres que habían tomado los hábitos por consideraciones y necesidades mundanas, no por seguir un llamado divino. Su caso no era distinto al de las muchachas que hoy buscan una carrera que simultáneamente les dé sustento económico y respetabilidad social.

Esto no implicaba descreimiento; la mayoría de los sacerdotes y las monjas eran sinceros y modestos funcionarios de la Iglesia. Las mujeres tomaban los hábitos por arreglos familiares, por falta de fortuna, o por cualquier otra causa por la que no podían casarse, por que estaban solas y sin apoyo de varón en el mundo.

El convento era un acomodo; pero aún así, no todas podían profesar: para

¹⁴Octavio Paz, ob. Cit., p. 141.

abrazar la vida monástica (como para casarse), que tener una dote y pertenecer a una familia conocida. La ceremonia de toma de velo era solemne: padrinos, invitados, música y flores. Las abandonadas, las pobres, viudas, huérfanas se refugiaban en los recogimientos fundados en las principales ciudades.¹⁵

Paz advierte tres circunstancias básicas que pudieron orillar a Juana Inés a tomar los hábitos: la bastardía, la pobreza y la ausencia de padre. Su protectora, Leonor Carreto, debe haberla animado a cruzar el umbral del monasterio. Ella y su marido asistieron a la ceremonia de toma de velo.

Pero la persona que con mayor empeño, sagacidad y autoridad la impulsó, acallando sus temores y disipando sus dudas, fue el jesuita Antonio Nuñez de Miranda, profesor de filosofía, confesor de los virreyes y director espiritual de muchas monjas.

El mismo Oviedo refiere que, desde que conoció a Juana Inés, el padre Nuñez mostró mucho celo por su causa. A su influencia se debe, seguramente, que el acaudalado Pedro Velásquez de la Cadena haya pagado la dote de tres mil pesos de Juana Inés (suma entonces considerable y mayor que las que sus medio hermanas llevaron al altar).¹⁶

En la *Respuesta*, Juana Inés, con extraordinaria franqueza confiesa que la decisión de profesar estuvo subordinada a su vocación intelectual y a su reticencia a contraer matrimonio. Puesto que no desea casarse, el convento es lo más adecuado para asegurar su salvación. No hay mayor alusión al llamado de Dios, ni a la vocación espiritual.

Fue una decisión sensata, consecuente con la moral de su época y los usos y convicciones de su clase. El convento no era una vía hacia Dios, sino refugio de una mujer sola en el mundo.¹⁷ Además, optó por el único camino que podía escoger en aquella época para poder dedicarse al estudio.

Amor al saber, negación al matrimonio, masculinización de su perspectiva vital (pues entonces el mundo del saber era exclusivo de hombres), todo se resolvió en una palabra: soledad, que impuesta por el mundo, ella transformó en destino elegido y aceptado. Primero niña sola, perdida entre los mayores; después muchacha solitaria en la corte festiva.

No se encerró en el convento para rezar y cantar salmos, sino para vivir con ella misma y dedicarse a estudiar. No podía ser letrada soltera, ni casada, pero sí monja leída. Pero cambió el bullicio mundano por el del claustro. La contradicción entre su vocación intelectual y la vida en una comunidad religiosa,

¹⁵Octavio Paz, ob. Cit., pp. 149-150.

¹⁶Octavio Paz, ob. Cit., pp. 154-155.

¹⁷Idem, p. 157.

aunque prevista, surgió más tarde. Se equivocó (¿quién no lo ha hecho?)

En sus circunstancias, la decisión de hacerse monja fue quizá la más sensata que pudo tomar y acaso la única viable. No obstante, debe haber tenido momentos de duda y desfallecimiento. Más de una vez debe haberse lamentado por atarse a una resolución irrevocable. Hoy nosotros, acostumbrados a cambiar de ocupación y de estado, difícilmente podemos comprender cabalmente lo que significa una decisión que nos obliga para toda la vida. En un soneto revelador nos confiesa esas vacilaciones y temores:

Si los riesgos del mar considerara,
ninguno se embarcara; si antes viera
bien su peligro, nadie se atreviera
ni al bravo toro osado provocara.
Si del fogoso bruto ponderara
la furia desbocada en la carrera
el jinete prudente, nunca hubiera
quien con discreta mano lo enfrenara.
Pero si hubiera alguno tan osado
Que, no obstante el peligro, al mismo Apolo
quisiese gobernar con atrevida
mano el rápido carro en luz bañado,
todo lo hiciera, y no tomara sólo
estado que ha de ser toda la vida.¹⁸

Libre en su celda

En el convento tenía una celda de dos pisos, con varias piezas espaciosas, de altos techos, en donde cómodamente podía dedicarse a la lectura y el estudio y le ayudaba una sirvienta. Convirtió al convento en biblioteca.

Allí se pasó la vida, escribiendo versos sacros y profanos; villancicos cada Navidad; autos sacramentales y dos comedias de capa y espada. También sirvió como administradora del convento, con bastante buen tino y declinó dos veces el puesto de Abadesa.

Pese a la monotonía de la vida conventual y a las actividades prescritas, había muchas horas libres y Sor Juana dedicaba buena parte de ellas a estudiar y escribir (por confesión propia y fama general sabemos que fue gran lectora).

¹⁸Octavio Paz, ob. Cit., pp. 160-161.

Leer y escribir es conversar con los otros y con uno mismo. En ambos casos, dice Octavio Paz, nuestro interlocutor es un ausente-presente, a quien Sor Juana se refiere en un verso incomparable:

Óyeme con los ojos,
ya que están tan distantes los oídos
y de ausentes enojos
en ecos de mi pluma mis gemidos;
y ya que a ti no llega mi voz ruda,
óyeme sordo, pues me quejo muda.

Su amistad con Leonor Carreto no se truncó al tomar los hábitos; al contrario, es fama que la virreina y su marido solían asistir a la capilla para las oraciones de las vísperas y luego acostumbraban departir con Sor Juana, acompañados de familiares, amigos y cortesanos.

Poco a poco el locutorio se convirtió en una tertulia, donde se discutía y se filosofaba; se improvisaban poemas y se murmuraban todos los chismes de la vida novohispana.

Sabemos que en varias ocasiones Sor Juana se valió de sus influencias y relaciones para favorecer a sus parientes. También para pedir clemencia al virrey por algún condenado a muerte:

Muerte puede dar cualquiera;
vida, sólo puede hacerlo
Dios: luego sólo con darla
podéis a Dios pareceros.¹⁹

De acuerdo con los usos de su tiempo, la adulación cortesana es una nota que reaparece una y otra vez en muchos de sus poemas.

¿Qué pincel tan soberano
fue a copiarte suficiente?
¿Qué numen movió la mente?
¿Qué virtud rigió la mano?
No se alabe el arte vano
que te formó peregrino,
pues en tu beldad convino,

¹⁹Petición que hace Sor Juana al virrey, por la vida de un condenado a muerte.

para formar un portento,
fuese humano el instrumento
pero el impulso divino.

Ciertamente la vida de letras de la monja no era el modo habitual -y menos en una mujer- de conjugar la vida religiosa con una tan intensa actividad intelectual; pero tampoco -en principio- estos dos aparentes contrarios están en discordancia, siempre y cuando haya una coherencia entre ambos. Algunas poesías de amor de Sor Juana mal se avienen con una imagen de vida religiosa; pero sería igualmente parcial un juicio que solamente hiciera consistir en estos poemas la actividad intelectual de la religiosa.

En el bellísimo soneto en que satisface un recelo con la retórica del llanto no indica un pesar y melancolía por algún bien abandonado, a pesar de lo que pudieran anunciar los dos cuartetos, sino un sentimiento depurado de una cierta y determinada desilusión:

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba,
y amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía;
pues ente el llanto que el dolor vertía
el corazón deshecho destilaba.
Baste ya de rigores, mi bien, baste,
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste
con sombras necias, con indicios vanos:
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.

El tema del amor es central en su poesía. Menéndez Pelayo afirmó que se podría hacer un tratado de amor con la poesía de Sor Juana, que analiza el amor en sus múltiples manifestaciones. Leamos una de las décimas donde distingue el amor afectivo y racional:

A la hermosura no obliga
amor que forzado venga,
ni admite pasión que tenga

la razón por enemiga,
ni habrá quien le contradiga
el propósito e intento
de no admitir pensamiento,
que por mucho que la quiera,
no le dará el alma entera,
pues va sin entendimiento.

Sor Juana fue también archivera en el convento, pero las obligaciones de la vida religiosa no le impidieron dedicarse con tenacidad, esmero y fruición a las letras; aunque se lamentaba que el cargo de tesorera, las continuas visitas de las monjas y otras mil vicisitudes de la vida conventual, estorbaban sus estudios o, al menos, interferían en su concentración. Una de sus endechas confirma:

Agora que conmigo,
sola en este retrete,
por pena o por alivio
permite amor que quede.
Agora, pues, que hurtada
estoy, un rato breve
de la atención de tantos
ojos impertinentes.

Pérdida irreparable

En **1673** fue designado un nuevo virrey, Pedro Nuño Colón de Portugal, duque de Veragua, pero los marqueses de Mancera permanecieron todavía seis meses en México, alojados en la casa del conde de Santiago.²⁰

El nuevo virrey arribó a la ciudad de México el 16 de noviembre de **1673** e hizo su entrada solemne el 8 de diciembre, pero cuatro días después, inesperadamente murió. Sor Juana escribió tres sonetos fúnebres, rotundos, perfectos, como una ceremonia cortesana; Paz destaca una línea del segundo soneto:

²⁰Octavio Paz, ob. Cit., pp. 186-187. El duque de Veragua obtuvo el cargo de una manera escandalosa. El primer ministro Valenzuela, *El Duende*, para aliviar al erario público, se le ocurrió vender puestos públicos al mejor postor en cada terna. Antes de aplicar la medida, consultó con los teólogos, quienes aprobaron la idea. Así Veragua desembolsó 50 mil ducados para ser nombrado virrey de Nueva España.

“.....llegaste aplauso, ejemplo feneciste.....”

Los marqueses de Mancera abandonaron la ciudad el 2 de abril de **1674** y en el camino a Veracruz, en el pueblo de Tepeaca, el día 21 del mismo mes, también repentinamente murió Leonor Carreto. Sor Juana, entonces de 26 años, escribió los tres sonetos ya comentados a su amiga; el tercero de los cuales comienza así:

Muera mi lira infausta en que influiste
ecos, que lamentables te vocean
y hasta estos rasgos mal formados sean
lágrimas negras de mi pluma triste.

El arzobispo fray Payo Enríquez de Rivera fue nombrado virrey. Sor Juana gozó de la simpatía y protección del nuevo virrey; hay una anécdota que indica la benevolencia con la que el arzobispo-virrey la trataba y la defendía de los celos y las envidias:

En una ocasión una superiora se quejó de la altanería de Sor Juana (imputación no del todo falsa, pues Oviedo veladamente le hizo ese mismo reproche) y Sor Juana respondió: “Calle, madre, que es tonta.” El arzobispo escribió al margen de la queja: “Pruebe lo contrario y se le hará justicia.”²¹

En esos años Sor Juana Inés, dedicada al estudio, literalmente devoró muchos libros, escribió cinco villancicos ente 1676-1679, dos loas, un poemilla y varios poemas que no es posible fechar con exactitud.

Fray Payo dejó el gobierno de Nueva España el 7 de octubre de 1680. El nuevo virrey, Tomás Antonio de la Cerda, marqués de la Laguna, primo de fray Payo arribó con su mujer, María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, condesa de Paredes, quien tenía 31 años al llegar a México, casi la misma edad de Sor Juana.

Los marqueses de la Laguna vivieron en la capital del virreinato cerca de 8 años, desde noviembre de **1680**, hasta abril de 1688. Este período fue el más rico y pleno de la vida de Sor Juana.²²

²¹Octavio Paz, ob. Cit., p. 190.

²²Idem, p. 192. El marqués tenía 42 años cuando llegó a México. Su poderosa familia era una de las más antiguas de la nobleza española. Entre sus antepasados estaban Alfonso X, El Sabio, y San Luis, rey de Francia. La condesa venía de una familia no menos ilustre. Por el lado paterno estaba ligada a los duques de Mantua, de la familia de San Luis Gonzaga; por su madre, descendía de los Manrique, que habían dado a España una lista de hombres de estado y escritores.

Prosa sobre una poetisa

A diferencia del sutil marqués de Mancera y del prudente fray Payo, hábiles gobernantes, el marqués de la Laguna fue un político mediocre e incompetente; murió tres años después de regresar de Nueva España. Su mujer tenía fama de hermosa y a juzgar por los poemas de Sor Juana, lo fue en extremo. También debe haber sido discreta, sensible e inteligente, pues de otro modo sería inexplicable su admiración por la monja y el apasionado interés por sus escritos. Además de ser la inspiradora de muchos de sus poemas, la incitó a escribir *El divino Narciso*. También se debe a la condesa la publicación del primer volumen de Sor Juana: *Inundación castálida*.

Ambos marqueses (sobre todo ella), eran sensibles y cultos, amaban la poesía, el teatro, la música.²³

La costumbre de levantar arcos triunfales para celebrar la entrada de los virreyes se remonta a los primeros años de Nueva España. En esa ocasión se encomendó a la monja Sor Juana el diseño y la dirección del arco de la catedral, lo que le daba honra y provecho y era una distinción que seguramente apoyó fray Payo. Lo nombró *Neptuno alegórico* y escribió una pequeña obra para explicar (en prosa y en verso), la alegoría entre el dios y el marqués.²⁴

Sor Juana invita al virrey a trasponer el arco y entrar en catedral:

Pero entrad, que si acaso a tanta alteza
es chico el templo, amor os edifica
otro en las almas de mayor firmeza
que de mentales pórfidos fabrica:
que como es tan formal vuestra grandeza,
inmateriales templos os dedica.

Más de la mitad de la producción literaria de la monja está compuesta por piezas de ocasión: homenajes, epístolas, parabienes, poemas para conmemorar la muerte de un arzobispo, o el cumpleaños de un magnate. Además, en esos años Sor Juana seguramente escribió dos de sus obras centrales: *El divino Narciso* y *Primero sueño*. Según las obras completas

²³Octavio Paz, ob. Cit., p. 205.

²⁴Idem, pp. 215-216. Paz comenta que el *Neptuno alegórico* es una muestra perfecta de la admirable y execrable prosa barroca, llena de frases interminables, citas latinas, paradojas, agudezas; pero la versificación de Sor Juana, así se trate de un motivo cortesano, es una de las más pulcras y refinadas del idioma.

nos quedan de Sor Juana 216 poemas, de los cuales 52 (la cuarta parte) están dedicados a los marqueses de la Laguna. Hay que mencionar también pequeñas obras teatrales, loas, saraos y bailes.

Asombra la variedad de formas que empleó Sor Juana con maestría: romances, décimas, glosas, seguidillas, endechas, loas, sonetos. Ella es una de las grandes versificadoras de la lengua. Pero además de ejemplos de arte métrico, nos cautivan también la riqueza de las imágenes, la gracia de los giros verbales, las invenciones ingeniosas:²⁵

Yo soy el reflejo,
que del sol ardiente
goza, entre los rayos,
lúcida progenie:
pues cuando las lisas
superficies hieren,
en ellas retratan
su forma luciente.

La poetisa juega con diáfanos construcciones sonoras y mentales:

Y con sus ecos suaves,
 las aves;
y con sus dulces corrientes,
 las fuentes;
y con cláusulas de olores,
 las flores;
y con sus verdes gargantas,
 las plantas.

Sor Juana tuvo tacto y habilidad política; pronto gozó del favor del palacio y se convirtió en amiga y confidente de la virreina. El tono de los poemas que le dedicó fue cada vez más familiar y más arrebatada la amistad que expresaban.

Muchos otros poemas fueron escritos para acompañar regalos o para agradecerlos. Sor Juana sirvió al convento como intermediaria y simultáneamente su influencia palaciega le ganó prestigio entre sus hermanas y la jerarquía católica. Fue exitosa administradora y obtuvo buenos ingresos por algunas de sus obras. Por el *Neptuno alegórico* el cabildo le pagó 200

²⁵Idem, p. 249.

pesos, que ella se apresuró a agradecer:²⁶

.....pues por un arco tan pobre,
me dais un arca tan rica.....

Hay, en fin, el supremo elogio de una mujer a otra, una alabanza al porte y al vestido de Lisarda:

Un adorno garboso y no afectado,
que parece descuido y es cuidado;
un aire con que arrastra la tal niña
con aseado desprecio la basquiña,
en que se van pegando
las almas entre el polvo que va hollando.

La descripción de la mano derecha:

Es, pues, blanca y hermosa con exceso,
porque es de carne y hueso....
y la estima bizarra,
más no porque luce, porque agarra.

La mayor parte de los biógrafos de Sor Juana han esquivado el tema de su amistad con María Luisa Manrique de Lara. En el siglo XVII, dice Paz, era frecuente llamar *dueño mío* a la amada (usando el género masculino), y decirle *mi bien*, *mi tesoro*, o *mi prenda*. El uso de metáforas y metonimias estaba tan extendido, que nadie podía encontrar extraño que sor Juana, como todos los poetas cortesanos, emplease continuamente en sus poemas a la condesa expresiones en las que se mezclaban la retórica de los amantes, al lenguaje jurídico y familiar.²⁷

Añade Paz, que el origen de la poesía amorosa de Sor Juana se encuentra en las formas poéticas del amor cortés, que mezclan la expresión del amor (real o fingido) del trovador a su dama, con el vocabulario feudal de pleitesía del vasallo al señor.²⁸

²⁶Octavio Paz, ob. Cit., p. 256.

²⁷Idem, p. 262.

²⁸Idem, p. 265.

Detente, sombra de mi bien esquivo
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.
Si al imán de tus gracias atractivo
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero,
si has de burlarme luego fugitivo?
Mas blasonar no puedes satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía;
que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

Sin embargo, Paz reconoce que los poemas de Sor Juana a María Luisa se apartan muchas veces del género cortesano y constituyen un mundo aparte, del que no hay otros ejemplos en la poesía de la época.²⁹

Tan precisa es la apetencia
que a ser amados tenemos,
que, aún sabiendo que no sirve,
nunca dejarla sabemos.

No obstante, Sor Juana **no** se ruboriza por sentir lo que siente y alude incansablemente a la índole espiritual de su amor. Permanece la hipótesis acerca de las tendencias sáficas entre las dos amigas, aunque Paz asegura que esa fue una relación casta.³⁰

Este amoroso tormento
que en mi corazón se ve,
sé lo que siento, y no sé
la causa por que lo siento.
Siento una grave agonía
por lograr un devaneo
que empieza como deseo

²⁹Octavio Paz, ob. Cit., p. 270.

³⁰Idem, p. 287.

y para en melancolía.
Y cuando con más ternera
mi infeliz estado lloro,
sé que estoy triste e ignoro
la causa de mi tristeza.
Siento un anhelo tirano
por la ocasión a que aspiro
y cuando cerca la miro
yo misma aparto la mano.

Intenta una y otra vez justificar con el dualismo platónico el sentimiento hacia María Luisa:

Pues del mismo corazón
los combatientes deseos,
son holocausto poluto,
son materiales afectos,
y solamente del alma
en religiosos incendios,
arde sacrificio puro
de adoración y silencio.

El poema escrito en Cuaresma, cuando se suspendían las visitas al convento, que habla de la espera:

.....pobre de mí,
que ha tanto que no te veo,
que tengo, de tu carencia,
cuaresmados los deseos,
la voluntad traspasada,
ayuno el entendimiento,
mano sobre mano el gusto
y los ojos sin objeto.
De veras, mi dulce amor;
cierto que no lo encarezco:
que sin ti, hasta mis discursos
parece que son ajenos.

Sor Juana pide perdón a María Luisa por no haberle escrito:

En mi amorosa pasión
no fue descuido, ni mengua,
quitar el uso a la lengua
por dárselo al corazón.
Ni de explicarme dejaba;
que, como la pasión mía
acá en el alma te vía,
acá en el alma te hablaba.

Le dice cuanto la quiere:

¡Oh cuán loca llegué a verme
en tus dichosos amores,
que, aún fingidos, tus favores
pudieron enloquecerme.

Habla del retrato o el bronce del objeto amado:

Dichosa vivo al favor
que me ofrece un bronce frío:
pues aunque muestres desvío,
podrás, cuando más terrible,
decir que eres impasible,
pero no que no eres mío.

Poemas de amor encendido, que aunque anuncien un final, han trascendido el tiempo y son de los más bellos que jamás se hayan escrito:

Yo no dudo, Lisarda, que te quiero,
aunque sé que me tienes agraviado;
más estoy tan amante y tan airado,
que afectos que distingo no prefiero:
De ver que odio y amor te tengo, infiero
que ninguno estar puede en sumo grado,
pues no le puede el odio haber ganado
sin haberle perdido amor primero.
Y si piensas que el alma que te quiso
ha de estar siempre a tu afición ligada,
de tu satisfacción vana te aviso.

Pues si el amor al odio ha dado entrada,
el que bajó de sumo a ser remiso
de lo remiso pasará a ser nada.

Traigo conmigo un cuidado,
y tan esquivo, que creo
que, aunque sé sentirlo tanto,
aun yo misma no lo siento.

Me atrevo a plantear la hipótesis de que en esa sociedad novo hispana cerrada y rígida, quizá esa tendencia sáfica en algo contribuyó a la caída de Sor Juana y a su cruel y despiadado castigo.

Ser mujer, ni estar ausente,
no es de amarte impedimento;
pues sabes tú, que las almas
distancia ignoran y sexo.

La amistad con María Luisa dejó muchos poemas, que dicen todo y no dicen nada. Fiel a sus modelos poéticos, Sor Juana pasa de la exaltación y la alabanza, a la queja y el reproche y los poemas se resuelven siempre en interrogaciones y paradojas.³¹

Como se ha dicho, sonetos como el siguiente no pueden interpretarse, ni justificarse como un estilo de amor a lo divino: pero tampoco como prueba de un alma religiosa desordenadamente enamorada de Fabio:

Que no me quiera Fabio al verse amado,
es dolor sin igual en mi sentido;
mas que me quiera Silvio aborrecido,
es menor mal, mas no menor enfado.
¿Qué sufrimiento no estará cansado
si siempre le resuenan al oído,
tras la vana arrogancia de un querido
el cansado gemir de un desdeñado?
Si de Silvio me cansa el rendimiento,
a Fabio canso con estar rendida;
si de éste busco el agradecimiento,

³¹Octavio Paz, ob. Cit., p. 303.

a mí me busca el otro agradecida;
por activa y pasiva es mi tormento,
pues padezco en querer y en ser querida.

Sor Juana fue también aficionada a la pintura y dejó inconcluso un tratado de música, hoy perdido: *El caracol*, para significar que la armonía no es un círculo, sino una espiral. Fue coleccionista de libros (se dice que tenía 4 mil volúmenes), instrumentos musicales, aparatos científicos y cuadros que se acumulaban en su celda. Entre sus múltiples dotes estaba también la culinaria. Se ha encontrado un recetario completo que redactó para su hermana, con sus recetas favoritas, la mayoría postres.

Gracias a la protección de los virreyes, sus poemas fueron bien recibidos para los festejos y ceremonia oficiales, lo que le trajo beneficios económicos, influencia y prestigio, aunque Sor Juana se quejó mucho de las intrigas y envidias de sus hermanas. Su fama se extendió por toda España y América del Sur. El convento se convirtió, gracias a ella, en un salón donde se hablaba toda clase de asuntos: literarios, teológicos y filosóficos.

Entre sus más notables cualidades sobresalen el dominio del concepto y del vocablo. Los juegos de palabras, las antítesis, las aliteraciones parece que son para ella entretenimientos por la facilidad y frescura con que los maneja, como en estos versos de una endecha triste por la pérdida de un ser querido:

Sin duda que es mi amor
el que mi pecho enciende
estas señas que en mí
parecen de viviente.
Y como en un madero
que abrasa el fuego ardiente
nos parece que luce,
lo mismo que padece,
y cuando el vegetable
humor en él perece,
nos parece que vive,
y no es sino que muere.

Todo el mundo de las figuras literarias forma parte del bagaje literario de Sor Juana, que no pierde, sin embargo, la agudeza (por ejemplo la loa que precede a la comedia *Los empeños de una casa*) y el donaire, pues mantiene

la proporción dentro del gusto, el ambiente y las modas de la época:

Rosa divina que en gentil cultura
eres con tu fragancia sutileza,
magisterio purpúreo en la belleza
enseñanza nevada en la hermosura,
amago de la humana arquitectura,
ejemplo de la vana sutileza,
en cuyo ser unció naturaleza
la cuna alegre y triste sepultura:
¡Cuán altiva en tu pompa, presumida,
soberbia, el riesgo de morir desdeñas
y luego, desmayada y encogida
de tu caduco ser das mustias señas!
¡Con que, con docta muerte y necia vida
viviendo engaños, y muriendo enseñas!

Poesía libertaria

Fue Sor Juana, una de las mujeres más extraordinarias de todos los tiempos y todas las edades. Con su actitud, demostró que una mujer puede ser tan inteligente como un hombre, y estar en el mismo nivel intelectual y profesional; que tiene los mismos derechos que el hombre en la educación, e igualdad de oportunidades para su desarrollo personal y profesional, lo que en su época era impensable.

Recordemos que entonces, la cultura estaba en manos de hombres: clérigos y laicos. Las mujeres estaban, normalmente, al margen. La misma Santa Teresa sufrió persecuciones por haber entrado en un terreno vedado. No se llegaba ciertamente a la exageración de Eurípides: "una mujer debiera de ser buena para todo dentro de casa e inútil para todo fuera de ella"; pero no participaban en la vida intelectual. Unos versos de Lope de Vega en *Los embustes de Fabio* nos describen esa situación:

La mujer ha de tener un ingenio moderado,
no agudo, libre, alterado,
atrevido y bachiller;
que en siendo por este modo,
no se puede tolerar,
que quieren luego mandar
y ser cabeza de todo.

Mal se avenía Sor Juana con estos criterios. En contra de esta exclusividad masculina de la apropiación de la cultura, se irguió la monja, con palabras fuertes y decididas. En la carta de ruptura con su confesor Antonio Núñez de Miranda afirmó:

"Las mujeres sienten que las exceden los hombres, que parezca que los igualo; unos no quisieran que supiera tanto, otros dicen que había de saber más, para tanto aplauso... ¿Qué más podré decir ni ponderar?, que hasta el hacer esta forma de letra algo razonable me costó una prolija y pesada persecución no por más de por que dicen que parecía letra de hombre, y que no era decente, con que me obligaron a malearla adrede y de esto toda esta comunidad es testigo".

Más adelante en la misma carta reitera esta espinosa cuestión:

"...no me he valido ni aun de la dirección de un maestro, sino que a secas me lo he habido conmigo y mi trabajo que no ignoro que el cursar públicamente las escuelas no fuera decente a la honestidad de una mujer, por la ocasionada familiaridad con los hombres".

Por esto defiende de una forma muy emotiva su parecer y su reconvención a los hombres por esta injusta situación:

"...pero los particulares y privados estudios ¿quién los ha prohibido a las mujeres? ¿No tienen alma racional como los hombres? ¿Pues por qué no gozará el privilegio de la ilustración de las letras con ellas? ¿No es capaz de tanta gracia y gloria de Dios como la suya? ¿Pues por qué no será capaz de tantas noticias y ciencias que es menos? ¿Qué revelación divina, qué determinación de la Iglesia, qué dictamen de la razón hizo para nosotras tan severa ley?".

Tanto el conocimiento como el pensamiento **no** son prerrogativas del hombre. Esta osadía la engrandece, pues estas reivindicaciones brotan de una monja que, para colmo, era hija natural. Al hablar así es consciente de su atrevimiento, sabedora como es, que se está midiendo con los grandes de la cultura.

Sor Juana en la *Carta atenagórica* dirigida a sor Filotea de la Cruz, su estudiosa aficionada en el convento de la Santísima Trinidad de la Puebla de los Ángeles (Filotea era pseudónimo del arzobispo de Puebla), critica uno de los sermones del famoso predicador de la Compañía de Jesús, el P. Vieyra, y defiende su afición a las letras, aunque sabe que este terreno está vedado, pues este interés por los estudios literarios en una mujer "parecería desproporcionada soberbia, y más, cuando es cayendo en sexo tan desacreditado en materia de letras en la común acepción de todo el mundo".

A esta luz pueden entenderse mejor aún las celebres redondillas en

las que apostrofa y se encara a los hombres. Por su agudeza y perfección formal estas estrofas han superado los naufragios del tiempo y de toda crítica literaria:

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.
Si con ansia sin igual
Solicitáis su desdén,
¿Por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?
Combatís su resistencia
y luego con gravedad
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.
Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.
Queréis con presunción necia
hallar a la que buscáis,
para pretendida, Tais,
y en la posesión, Lucrecia.
¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?
Con el fervor y el desdén
tenéis condición igual
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.
Opinión ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.
Siempre tan necios andáis
que con desigual nivel
a una culpáis por cruel

y a otra por fácil culpáis.
¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende
y la que es fácil enfada?
Mas entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere,
y queja enhorabuena.
Dan vuestras amantes penas
A sus libertades alas
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cae de rogada
o el que ruega de caído?
¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:
la que peca por la paga
o el que paga por pecar?
¿Pues para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis.
Dejad de solicitar,
y después, con más razón,
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.
Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesas e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.

En este sentido la religiosa es una anticipación de un auténtico y ordenado espíritu libertario y su voz es un clamor vigente por la igualdad hombre-mujer.

Paz afirma que este poema fue una ruptura histórica y a la vez, un comienzo: por primera vez en la historia de nuestra literatura una mujer

habla en nombre propio, defiende su sexo y con gracia e inteligencia, usando las mismas armas de sus detractores, acusa a los hombres por los vicios que achacan a las mujeres.

Sor Juana se adelanta a su tiempo, pues es indudable que no podemos hablar de feminismo en esa época y tampoco hay nada parecido, en el siglo XVII, en la literatura de Francia, Italia e Inglaterra. Lo más notable es que haya sido escrito en una colonia, Nueva España, una sociedad cerrada, periférica y bajo la doble dominación de dos celosos poderes: la Iglesia católica y la monarquía española.³²

Dentro de este contexto igualitario y proto-feminista debemos considerar sus constantes referencias al amor. Como mujer, era difícil que dejara de amar y ser amada. Sor Juana deja constancia de ello en el romance que expresa los efectos del amor divino y propone morir amante a pesar de todo riesgo:

Tan precisa es la apetencia
que a ser amados tenemos,
que aun sabiendo que no sirve
nunca dejarla sabemos...
Pero valor, corazón,
porque en tan dulce tormento,
en medio de cualquier suerte
no dejar de amar protesto.

Junto con esas expresiones de amor a lo divino, se encuentran los poemas que manifiestan reflexiones sobre el amor humano, que han sido para algunos motivo de escándalo. Pero debe añadirse que estas expansiones literarias deben considerarse dentro de la cultura de su tiempo y de los criterios literarios de la poetisa. La índole barroca y el amor platonizante deben incorporarse al diagnóstico que se haga de Sor Juana.

No es de extrañar, pues, que una monja escriba sobre estos asuntos y en una forma tan frecuente. Los años vividos junto a los virreyes -precisamente los de su primera juventud- dejaron una huella acerca del conocimiento del mundo y los hombres.

¿En perseguirme, mundo, qué intereses?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento

³²Octavio Paz, ob. Cit., p. 400.

y no mi entendimiento en las bellezas?
Yo no estimo tesoros ni riquezas,
y así, siempre me causan más contentos
poner riquezas en mi entendimiento
que no el entendimiento en las riquezas.
Yo no estimo hermosura que, vencida,
es despojo civil de las edades,
ni riqueza me agrada fementida;
teniendo por mejor en mis verdades
consumir vanidades de la vida
que consumir la vida en vanidades.

O el famoso romance donde la religiosa estima por encima de todos los amores el amor a Dios.

Yo me acuerdo (¡ah, nunca fuera!)
que he querido en otro tiempo
lo que pasó de locura
y lo que cedió de extremo.
Más como era amor bastardo
y de contrarios compuesto,
fue fácil desvanecerse
de achaque de su ser mismo.

La escolástica fue cardinal en la formación de Sor Juana, pero tuvo influencia del hermetismo neoplatónico. También leyó a Suárez y sobre todo a sus seguidores y exegetas. Su director espiritual fue otro teólogo jesuita, el padre Nuñez de Miranda.

Sor Juana parece haber sido particularmente sensible a las ideas de Suárez sobre el espinoso debate entre la gracia y el libre albedrío.³³ En su crítica a Vieyra, de la que se hablará más adelante, Sor Juana se mostró no sólo molinista, sino que rozó el pelagianismo.

En el pensamiento de Suárez ocupa también un lugar destacado la reflexión jurídica y política. Negó el derecho divino de los reyes: la autoridad del monarca viene del pueblo y el estado es expresión del consenso social.

³³Octavio Paz, ob. Cit., p. 331. Suárez apoyó la posición de otro jesuita, Luis de Molina, acusado por los dominicos (y más tarde por los jansenistas y Pascal) de extender demasiado la esfera de la libertad humana y caer en la herejía de Pelagio, que afirmó que los hombres podían salvarse sin la gracia divina.

Rechazó la idea aristotélica de que la esclavitud es parte de la ley natural; puso en entredicho el derecho de conquista basado en la evangelización.

Pero nada de esto se encuentra en Sor Juana, quizá como dice Paz, porque en su triple condición de sujeción: hija natural, mujer y monja, buscó la protección de los grandes, fue extraordinariamente prudente en materia de opiniones, a cató el principio de autoridad; sin embargo, trágicamente, al final de su vida se vio envuelta en una disputa en al que las diferencias intelectuales no fueron menos decisivas que las rivalidades personales.³⁴

Sor Juana también se complace en aludir a sus conocimientos jurídicos, sobre todo de derecho canónico, bulas, concilios y encíclicas. Lamentablemente ese no era un derecho libertario y al final fue otra de las tuercas que selló su suerte.

No obstante, a lo largo de su vida, tanto en su obra como en su vida, Sor Juana luchó siempre por lograr la igualdad entre el hombre y la mujer, y para que ésta tuviera derecho a la educación y se reconociera que es tan inteligente como el varón.

Décima musa

La poesía de la brillante monja, nacida de una inteligencia preclara y de un corazón profundamente humano, es toda intuición, sinceridad y espontaneidad, revestidos con el ropaje esplendoroso.

De ella ha dicho Marcelino Menéndez y Pelayo:...."los versos de amor profano de Sor Juana son de los más suaves y delicados que han salido de pluma de mujer".

Unidas de las manos
las bien tejidas palmas,
con movimientos digan
lo que los labios callan.

Para el crítico, historiador, filósofo y poeta mexicano Alfonso Reyes, Sor Juana es la figura más extraordinaria de la lírica hispanoamericana.

Lamentablemente las obras de Sor Juana no se han editado completas. Algunas piezas: Los Empeños de una Casa, Sonetos, Poesías Escogidas, Autos Sacramentales, Villancicos, etc., han circulado intermitentemente, aisladas del grueso de su producción; algunas otras se han perdido.

³⁴Octavio Paz, ob. Cit., p. 333.

El villancico 265, dedicado al arrepentimiento de San Pedro, después de su negación de Cristo:

Finas perlas le bordan el pecho,
Quedando más rico con la contrición:
Cada pena, le alcanza una gloria;
Cada lágrima, impetra un perdón.

Según ella, casi todo lo escrito era por encargo y la única cosa que escribió por gusto propio es un poema filosófico llamado *Primero sueño*, una alegoría de varios cientos de líneas, con forma de silva, a propósito del ansia de saber, el vuelo del pensamiento y su consecuente trágica caída (acaso premonitorio de la célebre novela Frankenstein).

Cuando mi error y tu vileza veo,
contemplo, Silvio, de mi amor errado,
cuán grave es la malicia del pecado,
cuán violenta la fuerza de un deseo.
A mi misma memoria apenas creo
que pudiese caber en mi cuidado
la última línea de lo despreciado,
el término final de un mal empleo.
Yo bien quisiera, cuando llego a verte,
viendo mi infame amor poder negarlo;
mas luego la razón justa me advierte
que sólo me remedia en publicarlo;
porque del gran delito de quererte
sólo es bastante pena confesarlo.

Barroca hasta la médula, Sor Juana era muy dada a hacer retruécanos, a verbalizar sustantivos y a sustantivizar verbos, a acumular tres adjetivos sobre un mismo sustantivo y repartirlos por toda la oración, todas esas libertades gramáticas que estaban de moda en su tiempo.

Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.
Al que trato de amor hallo diamante;

y soy diamante al que de amor me trata;
triumfante quiero ver al que me mata
y mato a quien me quiere ver triunfante.
Si a éste pago, padece mi deseo:
si ruego aquél, mi pundonor enojo:
de entrambos modos infeliz me veo.
Pero yo por mejor partido escojo
de quien no quiero, ser violento empleo
que de quien no me quiere, vil despojo.

Las características más importantes del estilo barroco son el uso constante de los adjetivos, el gusto por las imágenes opuestas y las metáforas exageradas. Sor Juana Inés de la Cruz y don Carlos de Sigüenza y Góngora son los representantes más sobresalientes del barroco mexicano.

Feliciano me adora y le aborrezco;
Lisardo me aborrece y yo le adoro;
por quien no me apetece ingrato, lloro,
y al que me llora tierno, no apetezco:
a quien más me desdora, el alma ofrezco;
al que me ofrece víctimas, desdoro;
desprecio al que enriquece mi decoro
y al que le hace desprecios enriquezco;
si con mi ofensa al uno reconvengo,
me reconviene el otro a mí ofendido
y al padecer de todos modos vengo;
pues ambos atormentan mis sentido:
aquéste con pedir lo que no tengo
y aquél con no tener lo que le pido.

Estaba dotada de una gran facilidad y habilidad para el verso. La rima y el ritmo no tenían secreto para ella; sabía encontrar un concepto para las más variadas, atrevidas y raras rimas consonantes:

Vaya con Dios, Beatriz, el ser estafa,
Que ello se te conoce hasta en el tufo;
Mas no es razón que siendo yo tu Rufo,
Les sirvas a otros gustos de garrafa,
Traste en que tu traza es quien te zafe

De mi cólera cuando yo más bufo,
Pues advierto, Beatriz, que si me atufó
Te abriré en la cabeza tanta rafa.
Dime si es bien que el otro a ti te estafe
Y cuando por tu amor echo yo el bofe,
Te vayas tú con ese mequetrefe
Y yo me vaya al Rollo o a Getafe,
Y sufra que el Picaño de mí mofe
En Afa, Ufo, Afe, Ofé y Efe.

En algunas de sus obras, las innumerables citas de autores clásicos demuestran una enorme cultura y una prodigiosa memoria. La monja, Imbuida de cultura clásica, deja por todas partes constancia de su erudición:

Vos, a quien por Ptolomeo
veneraron los egipcios,
por Solón los atenienses,
los romanos por Pompilio,
los arcades por Apolo.
Por Fidón los de Corinto, los magnesios por Platón
y los cretenses por Minos.
Porque ¿qué Dracón, qué Eaco,
qué Mercurio Trimegisto,
qué Deucalión, qué Licurgo,
qué Belo, qué Julio Ostilio,
qué Saturno, qué Carondas,
qué Filolao, qué Anicio,
qué Sansolio, qué Seleuco,
qué Rómulo, qué Tarquinio
llegaron a nuestras letras,
cuando todos los antiguos
legisladores apenas
os pueden servir de tipo...?

Incluso un *tocotín*, poema escrito en náhuatl, en versos de seis sílabas asonantados, a la manera castellana:

*Tla ya timohuica,
totlazo Zuapilli,*

*maca ammo, Tonantzin,
titechmoilcahuiliz* ³⁵

Veamos el fragmento de otro poema:

Las fuentes mi voz socorran:
¡corran!
Mi eco las flores conduzcan:
¡luzcan!
Mi amor las plantas ofrezcan:
¡crezcan!
Y porque el favor merezcan
de Carlos en glorias tantas,
aves,
 fuentes,
 flores,
 plantas,
¡trinen,
 corran,
 luzcan,
 crezcan!

Recordemos algunos otros fragmentos del poema *Finjamos que soy feliz*:

O ¿por qué, contra vos mismo,
severamente inhumano,
entre lo amargo y lo dulce,
queréis elegir lo amargo?

Si es mío mi entendimiento,
¿por qué siempre he de encontrarlo
tan torpe para el alivio,
tan agudo para el daño?

El discurso es un acero
que sirve para ambos cabos:
de dar muerte, por la punta,
por el pomo, de resguardo.

³⁵Octavio Paz, ob. Cit., p. 418. El tema es la asunción de la Virgen. Ángel M. Garibay hizo una traducción literal: “Si ya te vas,/nuestra amada Señora,/no, Madre nuestra,/Tú de nosotros te olvidas.

Si vos, sabiendo el peligro
queréis por la punta usarlo,
¿qué culpa tiene el acero
del mal uso de la mano?

No es saber, saber hacer
discursos sutiles, vanos;
que el saber consiste sólo
en elegir lo más sano.

Qué feliz es la ignorancia
del que, indoctamente sabio,
halla de lo que padece,
en lo que ignora, sagrado!

También es vicio el saber,
que si no se va atajando,
cuando menos se conoce
es más nocivo el estrago;

y si el vuelo no le abaten,
en sutilezas cebado,
por cuidar de lo curioso
olvida lo necesario.

El ingenio es como el fuego,
que, con la materia ingrato,
tanto la consume más
cuando él se ostenta más claro.

Es de su propio Señor
tan rebelado vasallo,
que convierte en sus ofensas
las armas de su resguardo.

¿Qué loca ambición nos lleva
de nosotros olvidados?
Si es para vivir tan poco,
¿de qué sirve saber tanto?

¡Oh, si como hay de saber,
hubiera algún seminario
o escuela donde a ignorar
se enseñaran los trabajos!

Primero sueño es el poema más personal de Sor Juana, a pesar de su extremado carácter intelectual. Se desconoce la fecha de su composición, pero debe haber sido escrito alrededor de 1685, en plena madurez de Sor Juana, cuando se acercaba a la cuarentena. Es un poema de madurez, una verdadera confesión, en la que relata su aventura intelectual y la examina. El poema relata la peregrinación del alma de su autora, mientras dormía. Hay que subrayar la absoluta originalidad de esta obra: no hay nada parecido en la literatura y la poesía españolas de los siglos XVI y XVII. En el poema aparece el amor al saber.³⁶

Escribió cinco obras de teatro: dos comedias y tres autos sacramentales. La más famosa de sus obras es: *Los empeños de una casa*, fue representada por primera vez el 4 de octubre de **1683**.

Los autos sacramentales son piezas teatrales realizadas en un acto y se representaban en la fiesta de *Corpus Christi*. En estas creaciones se

³⁶La crítica actual coincide unánimemente con Sor Juana, cuando en la *Respuesta a Sor Filotea* avisa que «no me (se) acuerdo (a) haber escrito por mi (su) gusto sino es un papelillo que llaman *El sueño*». Pero sólo es unánime la aprobación al poema: las múltiples interpretaciones aparecidas durante la segunda mitad de este siglo suelen enredarse igualmente en una polémica aún lejos de terminarse. José Gaos asegura que este poema «pertenece a la historia de las ideas en México» (1968) y antes Francisco López Cámara advirtió vestigios de cartesianismo en él y, por tanto, indicios seguros de modernidad; Robert Ricard (1957) relacionó el poema con el *Corpus Hermeticum* de Hermes Trismegisto y la tradición neoplatónica del renacimiento, además con el jesuita alemán Atanasio Kircher. Octavio Paz retoma esta interpretación, y añade «los tratados de mitología de Cartario, Valeriano y otros...», José Pascual Buxó analiza estos tratados mitológicos desde el punto de vista de los emblemas y los relaciona con las empresas de Saavedra Fajardo; Antonio Alatorre, fiel a la tradición filológica, le imputa a Paz haber tomado demasiado en cuenta las interpretaciones de Frances Yates sobre Bruno y el hermetismo y se concentra esencialmente en el análisis de la poesía y en su modelo gongorino. En un texto reciente, Pascual Buxó repiensa sus propias interpretaciones, admite que se ha exagerado la influencia de los modelos neoplatónicos, y coincidiendo con la interpretación neotomista de Méndez Plancarte, analiza las conexiones que el poema tiene con Aristóteles. Por su parte, Georgina Sabat analiza la genealogía del poema dentro de la producción de los Siglos de Oro y Rosa Perelmuter la no tan decisiva impronta gongorina de su lenguaje poético. ¿Qué demuestra esta polémica? Quizá sólo subraye la desbordante riqueza poética y filosófica de *El Sueño*, así como las vastas ramificaciones de toda su obra, además de su justa celebridad (que ya en 1700 mereciera la edición extraordinaria del volumen tercero de sus obras en España, intitulado *Fama y obras póstumas*, honor que sólo Lope de Vega recibiera antes que ella).

combinaban elementos precolombinos con la tradición religiosa cristiana, con un gran contenido simbólico y complejo, muy característico de la época barroca. Los autos sacramentales que escribió Sor Juana fueron: *El divino Narciso*, *El mártir del Sacramento* y *El cetro de José*. Sobre estos autos sacramentales, especialmente el *Divino Narciso*³⁷, dice Fray Pedro Vélez que "su concepción poética es de más duradero y mayor valor absoluto, y donde se hallan sus más gallardas poesías espirituales".

Los poemas de amor no prueban que Sor Juana mirara de reojo al mundo. No existen en sus versos reminiscencias de pasadas añoranzas o amarguras sobre su estado de religiosa. Reflejan una mesurada serenidad y una espontánea inclinación a las letras.

De las obras en prosa de Sor Juana sólo algunas han llegado a nuestros días. Las más conocidas son la *Carta Atenagórica* y la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*.

Por ser la mujer más destacada de su época se le nombró "*La décima Musa*". Después la crítica la bautizó: "*Fénix de México*" y "*La monja Mexicana*". Su fama no encontró fronteras y más de tres siglos después, sus poesías siguen siendo recitadas, sus obras teatrales representadas, sus ensayos y cartas leídos y estudiados.

Naranjitas me tira la niña
 en Valencia por Navidad,
 pues a fe que si se las tiro
 que se le han de volver azahar.

Víctima prisionera

El virrey de la Laguna entregó el gobierno de Nueva España el 30 de noviembre de **1680**, pero los marqueses no regresaron a España sino hasta dos años después. El nuevo virrey, don Melchor Portocarrero y Lasso de la Vega, conde de Monclova duró en el cargo apenas dos años y lo sustituyó Gaspar de Sandoval Cerda Silva y Mendoza, conde de Galve.

La poesía cortesana de Sor Juana durante el virreinato del conde de Galve cumplió la misma función social y simbólica que la escrita bajo los

³⁷Octavio Paz, ob. Cit., p. 418. El tema de *El divino Narciso* viene de las *Metamorfosis*. Narciso, hijo de la ninfa Liriope y del río Cefiso, era un joven de gran belleza, amante de la caza y desdeñoso de las ninfas. Narciso, en una de sus correrías llegó a una fuente pura, se contempló en ella y se enamoró de su imagen. *El divino Narciso* es un maravilloso mosaico de formas poéticas y métricas. A la profundidad y complejidad del pensamiento corresponde la belleza del lenguaje y la perfección de la concepción teatral.

otros virreyes: un ritual político y una alegoría de las relaciones ideales entre el señor y sus vasallos.³⁸

Años más tarde, Oviedo, biógrafo del jesuita Nuñez de Miranda, dijo que el padre Antonio (confesor de la monja), le reprochó muchas veces a Sor Juana que escribiese, labor que creía vedada para la mujer, y que además tuviese frecuente contacto con las más altas personalidades de la época, debido a su gran fama intelectual; repetidamente la exhortó a dejar esa vida y dedicarse a Dios.

Para lograr rechazar a su iracundo confesor, tuvo que pedir la protección de la virreina, Marquesa de la Laguna. La impunidad de que gozó Sor Juana tantos años se debió sin duda, a la protección del palacio y a la ambigüedad de su situación: al mismo tiempo que escribía villancicos para la catedral y loas para el palacio, componía sonetos y lirás de amor.

Al amor, cualquier curioso
hallará una distinción:
que uno nace de elección
y otro de influjo imperioso.
Éste es más afectuoso,
porque es el más natural,
y así es más sensible: al cual
llamaremos afectivo;
y al otro, que es electivo,
llamaremos racional.

Pero Sor Juana pagó con creces al final de sus días, esta tolerancia y sus perseguidores rencorosos, fueron tanto más duros cuánto más blandos habían sido antes.

Y como en un madero
que abrasa el fuego ardiente,
nos parece que luce
lo mismo que padece;
y cuando el vegetable
humor en él perece,
nos parece que vive
y no es sino que muere:

³⁸Octavio Paz, ob. Cit., p. 353.

así yo, en las mortales
ansias que el alma siente,
me animo con las mismas
congojas de la muerte.

En los últimos días de noviembre de **1690**, apareció en la ciudad de Puebla un folleto con el lóbrego título de *Carta atenagórica de la madre Juana Inés de la Cruz, religiosa profesada de velo y coro en el muy religioso convento de San Jerónimo.....que imprime y dedica a la misma sor Philotea de la Cruz, su estudiosa aficionada en el convento de la Santísima Trinidad de la Puebla de los Ángeles*. El escrito de Sor Juana, en forma de carta, es una crítica a un sermón del Mandato del jesuita portugués Antonio de Vieira.³⁹

Lo extraordinario fue que ese sermón había sido pronunciado en la capilla real de Lisboa en **1650**, o sea, cuarenta años antes. No es menos extraordinario, dice Paz, que su autor, desterrado en Brasil, no se haya entrado nunca de la crítica de la monja novohispana.

El tema del sermón también es extraordinario: al acabar sus días terrenales, Cristo no amó más a los hombres- su amor fue, desde el principio, perfecto e infinito; inmejorable y sin aumento, ni disminución- pero los efectos, ya que lo los afectos, fueron mayores y más extremos: “junto el fin con lo fino”. De todas las finezas de Cristo, al final de su vida, ¿cuál fue la mayor de todas? “Esta es, -dice Vieira-, la materia del sermón”. Recordemos que Sor Juana al definir la fineza dice:

¿Es fineza, acaso, tener amor? No, por cierto, sino las demostraciones de amor: éstas se llaman finezas. Aquellos signos exteriores demostrativos, y acciones que ejercita el amante, siendo su causa motiva el amor, eso se llama fineza.”

La *Carta* está escrita en un lenguaje claro y directo; las frases no se alargan demasiado; los razonamientos son a veces secos y pesados- es un escrito teológico y polémico. Sor Juana escribe para un pequeño grupo y sabe que ninguna de sus saetas pasará desapercibida, pero jamás olvida ni las buenas maneras, ni la ironía. La carta está dirigida a un destinatario incógnito, aunque a juzgar por la forma respetuosa y deferente con que lo trata, de alto rango. Escribe no por voluntad propia, sino para obedecerlo,

³⁹Octavio Paz, ob. Cit., p. 511. Atenagórica significa: digna de la sabiduría de Atena. Se llama sermón del Mandato al que se predica el Jueves Santo, en la ceremonia del lavatorio y que tiene por tema un versículo del Evangelio de San Juan: “Un mandato nuevo os doy: que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado.”

con una condición: esa *Carta* será sólo leída por él. ⁴⁰

En ese ensayo, Sor Juana, hizo una encendida defensa de la labor intelectual de la mujer. Se trata una larga misiva autobiográfica, en la cual abogó por los derechos culturales de la mujer y afirmó su derecho a criticar y a impugnar tal sermón. Escribió que “le dolían aún más los ataques a su tan perseguida habilidad de hacer versos”.

La *Carta* (una *Respuesta*), iba precedida de otra, dirigida a Sor Juana y firmada por una Sor Filotea de la Cruz, monja en un convento poblano, que se declara “estudiosa” de la poetisa. Empieza por un elogio, pero pronto queda claro que se trata de un regaño por su afición al estudio, a la poesía, a los temas mundanos, por su elación, siendo religiosa y pretende volverla a la obediencia; que siga leyendo alguna vez, pero a Jesucristo; que escriba poemas a Dios; que estudie teología, pues la ciencia no alumbra para salvarse.

Es un secreto a voces que bajo el seudónimo de Sor Filotea se encontraba el obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, cuya amistad con Sor Juana era antigua. Es probable, sugiere Paz, que hubiera un círculo de amigos que apoyaron al obispo poblano para que fuese designado arzobispo de México, pero el cargo finalmente recayó en Aguiar y Seijas. ⁴¹

Surgió una inevitable rivalidad entre los dos prelados. Vieyra era admirado precisamente por el nuevo arzobispo, Francisco Aguiar y Seijas; atacar a Vieyra significaba entonces, atacar al arzobispo. Además, la crítica la hacía una mujer, nueva humillación para el arzobispo, que detestaba a las mujeres.

¿Por qué Sor Juana intervino en esa disputa entre dos poderosos enemigos, que finalmente la hicieron pedazos?

Paz sugiere una hipótesis: la entrada a México de Aguiar y Seijas coincidió con el estreno de la comedia de Sor Juana: *Los empeños de una casa*, en un agasajo a los marqueses de la Laguna. En una loa, sin nombrarlo, la poetisa, siempre cortesana, elogia al nuevo arzobispo, pero el prelado, que no asistió al evento, jamás se dio por aludido. Pero en ese tiempo la Santa Inquisición condenaba, de vez en vez, el teatro profano. El arzobispo era extremo en sus convicciones y en su actitud. ⁴²

⁴⁰Octavio Paz, ob. Cit., p. 512.

⁴¹Idem, p. 521. Fernández de Santa Cruz no fue un santo, sino un verdadero príncipe de la Iglesia: político cauteloso, pero no cobarde, enérgico, pero realista.

⁴²Idem, p. 530. Don Francisco andaba vestido con trajes viejos, las medias rotas, comía en los hospitales; llevaba cilicio y se azotaba dos veces por semana. El trato con las mujeres, así fuera lejano, era una amenaza para su salud espiritual. Dormía en una cama prestada y a su muerte, se descubrió que hervía de chinches, “cosa horrible”. Pero agrega, Lezamis, del

La impaciencia y la cólera de Aguiar y Seijas frente a las actividades mundanas y literarias de Sor Juana deben haber sido inmensas. Por eso, aunque según algunos de sus biógrafos, la participación de Sor Juana en este asunto se redujo a ser un involuntario instrumento de Fernández de Santa Cruz, Paz opina es imposible soslayar los sentimientos y razones que tenía ella para atacar al arzobispo, más aún cuando se sentía segura por la protección de los virreyes: la defensa de sí misma y de su sexo.

En todo caso, lo que **sí** puede decirse es que ella no hubiera jamás escrito la carta sin el apoyo del obispo de Puebla: él fue el destinatario, él dio la aprobación eclesiástica para que fuera publicada; él redactó el prólogo y él costó la edición.⁴³

Si Manuel Fernández de Santa Cruz esperaba una retractación de la monja, la contestación de Sor Juana fue una refutación que todavía aguarda respuesta.⁴⁴

Es imposible que Fernández de Santa Cruz y Sor Juana no hubiesen previsto las réplicas y comentarios que suscitaría la *Carta*, pero el número y la violencia de algunos debe haberlos asombrado y a Sor Juana, atemorizado un poco. Aunque no han llegado hasta nosotros documentos de la época, sino sólo ecos, por lo que nos cuenta en la *Respuesta* sabemos que intervinieron varios clérigos y que algunos la atacaron con doble saña: por su condición de mujer y de religiosa.

Hay algo que agregar: el obispo poblano traicionó a la monja, al publicar la *Carta*, aunque las razones **no** han quedado claras nunca. Paz sugiere que quizá no quiso irritar más al colérico arzobispo y prefirió abandonar a la monja; además él mismo estaba convencido de las críticas a la poetisa.

Así, al llegar la *Carta* a manos del arzobispo de México fue tan grande su enojo que le exigió a Sor Juana sumisión y renuncia a sus intereses intelectuales, pues la monja encarnaba una excepción doble e insoportable: la de su sexo y al de su superioridad intelectual. Ella misma lo expresó poéticamente:

Claro honor de las mujeres
y del hombre docto ultraje,
vos probáis que no es el sexo
de la inteligencia parte.

cadáver se desprendió una fragancia maravillosa.

⁴³Idem, pp. 529-533.

⁴⁴Idem, p. 550.

O en estas otras estrofas:

Porque es bella la envidian,
porque es docta la emulan:
¡Oh, qué antiguo en el mundo
es regular los méritos por culpas!

Incluso con poética lucidez, anticipó el destino que le aguardaba:

Perdióse, oh dolor, la forma
de sus doctos silogismos:
pero, los que no con tinta,
dejó con su sangre escritos.

También se defendió de las críticas a su estado religioso:

Estudia, arguye y enseña,
y es de la Iglesia servicio,
que no la quiere ignorante
Él que racional la hizo.

Entre todos sus críticos sobresalió también su confesor Nuñez de Miranda, quien se negó a verla.

Yo, la peor de todas

En el verano de **1691** llovió incesantemente en el valle de México; se perdieron las cosechas y la ciudad se inundó. La situación de emergencia se prolongó al año siguiente, sin que el gobierno lograra mejorarla, hasta que el domingo 8 de junio de **1692** estalló una revuelta popular, la más grave que sufrió la ciudad durante todo el virreinato. El virrey y la Audiencia resultaron debilitados y la única institución que acrecentó su influencia fue la Iglesia: Aguiar y Seijas resultó el gran vencedor, cuando dictó un edicto contra los acaparadores e hizo que se leyeran anatemas contra ellos en todas las iglesias.⁴⁵

Las torrenciales lluvias, el chahuixtle, la mala administración virreinal y

⁴⁵Idem, pp. 572-573.

el motín oscurecieron radicalmente la vida de una monja brillante.

El golpe más fuerte-igualmente inesperado-vino de España: el 22 de abril murió repentinamente el marqués de la Laguna. Entonces Sor Juana quedó de pronto sin amigos, ni valedores, en Nueva España y en la metrópoli. Sola, acongojada y rodeada de hostilidad; prelados cuyo poder era tan grande como su severidad; monjas fanáticas, pusilánimes y de cortos alcances. Recuérdese además, que el Santo Oficio estaba activo.

No le quedó más remedio que buscar el abrigo con su viejo confesor, a cambio de sumisión. Esa dramática decisión puede situarse, según Oviedo, dos años antes de su muerte, es decir, a principios de **1693**.⁴⁶

Calleja dice que “en el año de **1693** la divina gracia de Dios halló en el corazón de la madre Juana su morada y su asiento.” El padre Antonio pidió una confesión general de toda su vida a Sor Juana, que duró varias semanas; fue el primer paso de una serie de retractaciones y abjuraciones.

Al final de esa larga confesión, Sor Juana presentó al *Tribunal Divino una petición que, en forma causídica, impetra perdón de sus culpas*.⁴⁷

Dos temas se enlazan en esta declaración: el primero, reconoce que los 25 años que ha vivido en el convento como religiosa, los ha vivido fuera de la religión, entregada a ocupaciones y quehaceres mundanos; el segundo, precisamente el jubileo de sus 25 años de monja; ahora de modo simbólico, desea retomar los hábitos, sujeta a un año de prueba para acreditar su enmienda y dedicarse sólo a Dios.

Según Calleja y Oviedo en esa época empezó a castigar su cuerpo, siguiendo el ejemplo de su santo confesor. En esos días entregó toda su biblioteca de más de 4 mil volúmenes (“quita pesares”, como la llamaba), sus instrumentos musicales y científicos al arzobispo, para que los vendiera y con el producto auxiliase a los pobres.

⁴⁶Idem, p. 579. El jesuita Antonio Nuñez de Miranda, confesor de Sor Juana, era criollo como ella y le llevaba 30 años. Era calificador de la Inquisición, es decir, guardián de la doctrina; era además prefecto de la Congregación de la Purísima, una cofradía que reunía a las más influyentes figuras de la colonia. Estaba dirigida por nueve jesuitas, uno por cada mes que María llevó a Jesús en su vientre; la máxima autoridad era el prefecto. El padre Antonio visitaba todos los conventos de la ciudad, predicaba en ellos y confesaba a las monjas. Era severo. Vestía y calzaba con pobreza; él mismo remendaba sus hábitos y barría la iglesia todos los sábados; los martes fregaba trastos en la cocina. Fue escrupulosos en observar el voto de la obediencia y se azotaba con las disciplinas tres o cuatro veces por semana; los muros de su celda estaban manchados de sangre. Era vivo de carácter, pugnaz y colérico, aunque procuraba siempre moderarse. Intolerante en lo religioso, inflexible, incapaz de pactar; no fue un verdadero intelectual; ni amaba las ideas, ni mostró pasión por el conocimiento.

⁴⁷Idem, p. 594. En forma causídica quiere decir, a la manera de un alegato jurídico: el Tribunal era la Divinidad y el fiscal, su propia conciencia.

A Paz le parece que fue el gesto de una mujer aterrada, que pretende conjurar la adversidad con el sacrificio de lo que más ama. Según parece, por la prisa que tenía Aguiar y Seijas, fueron malbaratados. El codicioso arzobispo también hecho mano de los fondos de Sor Juana en el convento.⁴⁸

La monja, incluso abandonó sus habitaciones, pues no soportaba mirar sus altas paredes sin sus amados objetos.

En **1695**, se desató una epidemia de peste en la ciudad de México, y en pocos días penetró al convento de las jerónimas. En ese tiempo no había curación posible para esa enfermedad. Sor Juana, de natural cariñosa y bondadosa, se dedicó a cuidar a sus hermanas enfermas y desafortunadamente se contagió.

Murió el 17 de abril de **1695**, a las tres de la mañana. A pesar de las críticas y de las envidias que tuvo que padecer, sus contemporáneos reconocieron en Sor Juana su digna rebeldía y su incomparable talento.

De este cuerpo eres el alma
y eres cuerpo de esta sombra.

Al morir, Juana Inés tenía 46 años. En el *Libro de profesiones* del convento había escrito meses antes:

Aquí arriba se ha de anotar el día de mi muerte, mes y año. Suplico, por amor de Dios y de su Purísima Madre, a mis amadas hermanas las religiosas que son y en lo adelante fuesen, me encomienden a Dios, que he sido y soy la peor que ha habido. A todas pido perdón por amor de Dios y de su Madre.

Yo, la peor del mundo:
Juana Inés de la Cruz.

Musa celestial

Entre todos los hechos de la triste caída de Sor Juana, dos le parecen capitales a Octavio Paz: La oposición entre la vida intelectual y la conventual, con sus deberes y obligaciones y la segunda, su condición femenina.⁴⁹

Al final pareciera que dos ansias confluyen en ella: la de reconciliarse

⁴⁸Idem, p. 597.

⁴⁹Idem, p. 607

con los poderes eclesiásticos y la no menos intensa de escapar del cerco de aquellos terribles prelados, además el miedo que debió haber sentido.

Una contradicción muy profunda la arrastró: aquella entre las letras y ser una mujer. Esta incompatibilidad se agravó en su caso, por la extraordinaria inquietud intelectual de Sor Juana y su curiosidad enciclopédica.

Sor Juana es ejemplo vivo del talento femenino; grito de rebeldía y lucha incansable por la igualdad de oportunidades para ellas; desgarradora historia de masculina opresión miope; intenso amor al conocimiento y alas artes; recuerdo imborrable de búsqueda de libertad y equidad, que aún nos fascina.

Una monja que se dedicase con tal afán al conocimiento y a las letras, también debió simultáneamente fascinar y escandalizar a sus contemporáneos. Pero las letras profanas eran ocasión del pecado de elación (orgullo-soberbia-rebeldía), al que el vano sexo femenino era proclive. Esos fueron sus pecados y su obstinación en continuar con las letras, su imperdonable rebeldía; por eso le exigieron una rendición incondicional, una total abdicación.⁵⁰

El lamentable fin de Sor Juana no da otro sentido a su maravillosa obra, como se propusieron sus fatuos y fanáticos censores. Al contrario, su derrota terrenal cobra, gracias a su espléndida obra una significación diferente: su luz la ilumina.

Estudiosa, pensadora y luchadora por su género. Artista precursora de la igualdad, la libertad, la equidad entre hombres y mujeres. Poetisa incomparable. Defensora de los derechos humanos, cuando todavía no existían. Orgullosa mujer y genio universal.

La mexicana más espléndida de su tiempo. ¡Es una musa celestial!

Éste que ves, engaño colorido,
que, del arte ostentado los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;
éste en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores
y venciendo del tiempo los rigores
triunfar de la vejez y del olvido:
es un vano artificio del cuidado;
es una flor al viento delicada;
es un resguardo inútil para el hado;

⁵⁰Idem, p. 617.

es una necia diligencia errada;
es un afán caduco, y, bien mirado
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Bibliografía

Paz, Octavio. **Las Trampas de la Fe**. 13ª reimpresión, FCE, México, 2003.
De la Cruz, Sor Juana Inés. **Obras escogidas**. 21 edición, Austral, México, 1987.

Páginas de Internet consultadas

www.elbalero.gob.mx/historia/html/colonia/sorjuana1.html	09/11/06
www.cervantesvirtual.com/bib_autor/sorjuana/ -	09/11/06
es.wikipedia.org/wiki/Juana_Inés_de_la_Cruz	09/11/06
www.galeon.com/sorjuana/index.htm	09/11/06
redescolar.ilce.edu.mx/redescolar/publicaciones/publi_quepaso/sorjuana.htm	09/11/06
humanitas.cl/biblioteca/articulos/d0093/	09/11/06